Algunas trazas y efectos de París en la obra de Paz, Cortázar y García Márquez

Eduardo RAMOS-IZQUIERDO
(Universidad de Limoges)

Punto de partida

El viaje a París: ritual iniciático, etapa obligada de revelación o cristalización de una vocación literaria, tierra prometida para la escritura. Ese mito y realidad de las grandes voces contemporáneas de variados horizontes: Rilke y Ungaretti; Joyce y Hemingway; Ionesco y Michaux.

Las líneas a continuación exploran la estancia en el París de mediados del siglo XX de una tercia de destacados escritores latinoamericanos, que continúa la tradición más que centenaria de escritores de nuestro continente que han residido y escrito en París[1]. Si el criterio para su elección comporta una dosis de arbitrariedad (un gusto personal por su obra), en la calidad de esa misma obra se justifica ampliamente su elección.

Paz, Cortázar, García Márquez: tres individualidades, tres personalidades diferentes, tres cosmovisiones. Los tres representan por su país de origen tres franjas posibles de una gama geográfico-cultural de la actual América hispana e híbrida: el pasado precolombino y la frontera con un norte anglosajón cada vez más permeable; un Caribe de un imaginario soleado, violento, alegre y multirracial, contiguo a lo andino y amazónico; un Cono Sur con la riqueza de una secular tradición migratoria europea y de las orillas mediterráneas). Tres obras en las que coexisten géneros diferentes: poesía, ensayo, cuento, novela. Tres creaciones literarias que comparten, paradoja, un acrisolado principio de unidad cultural de un continente en el que una variedad (o multiplicidad) creativa tanto formal como materialmente contrasta con cualquier forma de encajonamiento genérico reductor. Si las simpatías son apreciables, afortunadamente también lo son las diferencias.

El tema de fondo de estas líneas merecería un análisis amplio y pormenorizado; basten por el momento el señalamiento de algunas trazas esenciales de las vidas de esa trinidad de escritores en París y algunos efectos de la ciudad en su escritura.

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Eduardo RAMOS-IZQUIERDO. Algunas trazas y...
Centro Virtual Cervantes

El destino: la inmersión en un París

Paz, Cortázar y García Márquez residirán en el París que corresponde al periodo de la *Quatrième République* (1945-1958)[2]. En esos años, si París ya ha visto por fin la hora de su liberación (mayo de 1944) y de los primeros procesos a los colaboradores, también empieza a resentir los variados efectos socio-económicos del túnel de la posguerra. Son años cargados de cambios y de incertidumbres políticas: del acceso al poder de De Gaulle, de su retiro y su futuro regreso; de las presidencias de Auriol y Coty, las intermitencias de Blum, y Ramadier o de Mendès-France, Faure y Mollet; de los regímenes de coaliciones de partidos; de las nacionalizaciones, las bajas de precios y las devaluaciones; del paulatino derrumbe de un orden colonial: la primacía de Indochina y la derrota de Dien Bien Phu; de la fermentación de la rebelión argelina.

Años también del Plan Marshal, de las explosiones nucleares norteamericanas y soviéticas, de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, de la Guerra de Corea, del nacimiento de organismos internacionales, de las primicias de Schuman para un proyecto de Comunidad Europea. Años de la reciente muerte de Valéry, del regreso de los surrealistas, de Malraux y Mauriac, de Bataille, Gracq y Queneau, de Beckett y Sarraute, de Sartre y Camus, de los existencialismos y compromisos, de la dignidad femenina de Beauvoir. Años del intenso Saint-Germain con sus cafés literarios, con la divina Juliette, el jazz y la trompeta de Vian; de las cimas de Picasso y Matisse, de los nuevos brotes de la abstracción en Mathieu, Soulages, Hartung o Vieira da Silva; de las nuevas sonoridades de Messiaen, el joven Boulez o Schaeffer. Años, en aquel París, de respeto y aprecio por lo *literario*, tanto de la tradición como de las vanguardias, del homme de lettres como del escritor.

Aquel París de una armonía arquitectónica preservada, de un ansia desesperada de vivir, de un ámbito cada vez más cosmopolita y multiétnico, de vitrinas que van recuperando su variedad y refinamiento, de imágenes y emblemas, de olores a pan crujiente, de ritmos y ruidos, del eterno encanto femenino, de iluminaciones, contrastes y juegos de sombra, de pulsiones y pulsaciones.

Variadas fueron (y son) las formas de llegar y de vivir en París; variadas también las motivaciones para instalarse temporal o definitivamente. Amplio es el abanico: los excursionistas, los residentes momentáneos, los exiliados políticos o por decisión propia, los atrapados por su magia y tantos más. Vivir en París para un extranjero implica un choque cultural e identitario que conlleva, quiérase o no, una *ruptura*, breve o duradera, con el país de origen, su cultura y sus raíces. Este cambio significa una *inmersión* en otro entorno sociocultural con la eventualidad, en un espectro variable, de la asimilación, integración o simbiosis, o, al contrario, de la discriminación, aislamiento o encierro en algún ghetto. El contacto inicial con la otra cultura y la subsecuente confrontación se vuelven palpables en

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Eduardo RAMOS-IZQUIERDO. Algunas trazas y...
Centro Virtual Cervantes

la conciencia de las diferencias físicas y étnicas, de las imágenes y apariencias; en la inevitable recontextualización del inmigrante en nuevas categorías socio-económicas y culturales.

Algunos aspectos principales determinan los matices de esa inmersión en París: el *conocimiento* de la lengua y de la cultura francesas; la *capacidad* de *supervivencia*, de conseguir ese dinero –que ahuyente la pobreza o asegure la austeridad– proveniente de algún empleo o «subempleo», de familiares o amigos, de mecenazgos oficiales o de generosidades, para combatir la obsesión de la *carte de séjour* y del permiso de trabajo; y el *equilibrio emotivo*, esa fundamental presencia de la pareja y los amigos que compensen los ineludibles momentos de desfase y desarraigo.

Aquella vida cotidiana del recién llegado en los espacios de residencia: las casas de estudiantes, los viejos hoteles céntricos del Quartier Latin (hoy asépticos, renovados y con relucientes estrellas en la puerta), las *chambres de bonne* o las buhardillas. Ese contacto cotidiano con la mirada y las reacciones del otro, ese otro de aquella época (¿y el de ahora?) que quizá provoca las formas de soledad individual o inclusive en pareja. Ese contacto, esa comunicación anhelada con el francés, con el parisino, que tarda en darse. Aquéllos con quienes se convive: los círculos de amigos del país de origen o de la misma lengua, los ghettos de extranjeros, los vagabundos, los artistas o seudoartistas en los humeantes territorios de *bistrots* y de bohemias nocturnas.

La inmersión que se puede concebir en una dialéctica que implica la apertura a lo otro, la permeabilidad, la avidez de una acumulación intercultural, la hibridez; pero también el ensimismamiento, la agresividad, el rechazo exacerbado, las reacciones ultranacionalistas.

París visto como lugar y forma de distancia, de perspectiva con respecto a la cultura y al país de origen; como lugar de cuestionamientos, de crisis de identidad y de conciencia, de nostalgia y de angustia; París como espacio de libertad y de transgresión, como lugar del encuentro amoroso y pasional, de las inestabilidades emotivas, de las aventuras intermitentes y momentáneas, de la insidiosa ausencia. París como centro cultural y plataforma de viajes a otras geografías y civilizaciones. París como lugar de experiencia vital, de su contacto transformado en una alquimia de la que emerge la obra artística en formas múltiples: en trazas directas y al nivel de superficie o rastreables en estratos de mayor profundidad; en las menciones y evocaciones de personas, de lugares y de objetos; de sensaciones y sentimientos; de rituales y costumbres; de choques de sensibilidades y de culturas. Trazas y efectos.

Tres estancias

El habilidoso diplomático [3]

Octavio Paz reside en París durante seis años (de diciembre de 1945 a noviembre de 1951) como funcionario diplomático en la Embajada

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Eduardo RAMOS-IZQUIERDO. Algunas trazas y...
Centro Virtual Cervantes

Mexicana. Llega dos años después de haber ingresado al servicio exterior y haber ocupado sus primeros cargos en San Francisco (noviembre de 1943) y Nueva York (agosto de 1945). No es ningún secreto que gozó de apoyos políticos que le permitieron incorporarse al servicio y más tarde obtener un puesto aquí, en una de las ciudades más codiciadas del mundo[4].

En esos años vive acompañado de su primera esposa Elena Garro y de su hija. A diferencia de otros escritores, su función diplomática le evita los problemas de visados y de la ansiada carte de travail. Indiscreto sería averiguar el monto de su salario como tercer secretario, no obstante no padecerá los rigores de fines de mes (o de principios). Si el poeta vive en la burbuja protectora del medio diplomático éste lo vinculará estrechamente. Porque Paz, locuaz y con un ego persistente, expansivo e irónico, pasará buena parte de su tiempo en el islote de la embajada –en el 9 rue Longchamp, Paris XVI^{eme}–, en donde paciente o impacientemente revisará expedientes, estampará sellos en documentos oficiales, respetará las consignas e instrucciones de la jerarquía diplomática[5]. Ventajas y comodidades que también le exigirán el respeto del código y de la figura del funcionario diplomático, que Paz asumirá durante veintitrés años hasta su resonante renuncia en aquel 1968, cuando ya era –muy meritoriamente por su excelente producción literaria– una figura intelectual de primer orden.

Paz, antes de llegar a París, poseía un conocimiento de la lengua y la cultura francesas por su formación, sus lecturas y su contacto con intelectuales franceses en México (Péret, p. ej.)[3]. Sé bien que apreciaba un tradicional refinamiento francés en la comida, la interlocución y los modales. En las fotografías de aquella época lo apreciamos con su traje gris-camisa blanca-corbata discreta, con la actitud ceremoniosa del diplomático; lo intuimos con la consabida *politesse* mexicana y con el orgullo y el respaldo de un organismo oficial extranjero que le pudo evitar o paliar algunos de los arquetípicos choques culturales con París y sus parisinos.

Siguiendo el modelo de Alfonso Reyes, emblema del escritor-diplomático, establece contactos con algunas figuras señeras de la intelectualidad francesa de la posguerra: Breton y otros surrealistas, Camus, Cioran, p. ej.; no así con Sartre y el grupo de Les Temps Modernes. Se adhiere a los ecos surrealistas y es refractario a la ideología y al compromiso comunistas. Comparte también una amistad con algunos miembros de Sur en su paso por París: José Bianco y la pareja Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo; y no olvidemos la convivencia con Tamayo, de Szyszlo y alguna complicidad con Buñuel (recordemos sus elogios a Los Olvidados en el Festival de Cannes de 1951).

Una fuente esencial de conocimiento de la estancia parisina de Paz –no la única, pero sí primordial– es su correspondencia con Reyes. El tema principal concierne la producción literaria del poeta y las incertidumbres de su publicación. Paz tuvo la inmensa fortuna de gozar del apoyo y la

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Eduardo RAMOS-IZQUIERDO. Algunas trazas y...
Centro Virtual Cervantes

protección de don Alfonso, uno de los intelectuales más destacados y generosos de las letras latinoamericanas. Si Paz desde 1947 le anuncia haber finalizado el poemario *Libertad bajo palabra*, en la correspondencia aparecerán las dificultades de publicación e inclusive el ofrecimiento del propio Paz para cubrir los gastos de la edición en la hoy tan reputada colección Tezontle[7].

Una segunda obra concluida por Paz en esos años parisinos es su aguda reflexión sobre la identidad de lo mexicano en *El laberinto de la soledad,* libro para el que Reyes también intervendrá para su publicación parcial en 1949 y total un año después. La correspondencia nos muestra cómo Paz también presenta *¿Aguila o sol?*, sus textos en prosa –con ecos surrealistas– cuyas fronteras entre la poesía y la prosa, la lírica y la ficción son felizmente imprecisas y que serán publicados en 1951, costeados en parte por el autor. En 1952 aparecerá publicada la polémica *Anthologie de la poésie mexicaine*, cuyo prólogo fue escrito por Paz y que contribuyó de alguna forma a su partida de París.

En esos años parisinos de intensa creación otros volúmenes también comienzan a cristalizarse. Evoquemos el proyecto y los inicios de *El arco y la lira* que aparecerá en 1956, de los poemas extensos de *La estación violenta* (1958) y del primer volumen de ensayos varios: *Las peras del olmo* (1957).

En una carta fechada en noviembre de 1951 constatamos la tristeza de Paz al verse obligado a abandonar París y esos años de fecundidad literaria, de relaciones intelectuales cimentadas, de una vivacidad cultural parisina a la que ha ido integrándose para ir a ocupar un puesto en la Embajada de Nueva Delhi.

El becario que se queda [8]

En la actualidad ya es bien conocido el primer viaje de Julio Cortázar a París en enero de 1950, su primer contacto exploratorio con Europa y en particular con París[9]. Durante la travesía en el barco, el *Conte Biancamano*, descubre a una joven delgada y atractiva, Edith, Edith Aron, con la que azarosamente se volverá a encontrar ya en París en alguna librería, en algún cine y en los jardines de Luxemburgo. Edith y esos encuentros le inspirarán la creación de uno de los personajes más célebres de la literatura latinoamericana: la Maga.

Cortázar regresa a Buenos Aires, pero para preparar el gran viaje de vuelta. En noviembre de 1951, gracias a una beca del gobierno francés, volverá para instalarse algún tiempo en París. Ignoro cual haya sido el resultado de la investigación de la beca, pero todos sabemos que se afincará en París hasta el término de su vida en 1986, treinta y cinco años después.

Cortázar tuvo contacto con el francés desde sus primeros años en Bruselas donde nació y en Suiza antes del regreso con sus padres a la Argentina. Más tarde lo practicó en Buenos Aires tanto por lecturas como por su experiencia de traductor. Fue desde sus años juveniles lector de escritores

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Eduardo RAMOS-IZQUIERDO. Algunas trazas y...
Centro Virtual Cervantes

franceses –Mallarmé, Lautréamont, Cocteau– por citar algunos de los más importantes en su formación.

Desde el principio de su estancia en París Cortázar saciará la avidez cultural de un esteta acumulando una cultura europea, particularmente cosmopolita y parisina: música, teatro, cine, pintura, filosofía, literatura, mucha literatura.

Entre 1951 y 1953 residirá en la ciudad universitaria y más tarde en el 56 de la rue d'Alésia. Son los años en que convivirá con Edith y frecuentará en su compañía el Jardin des Plantes, adonde irán a ver, como alguno de sus personajes, a los ajolotes. Cuando el dinero de la beca se agota y abandona el trabajo en alguna distribuidora de libros, Edith, empleada de Printemps, le ayudará a conseguir un empleo de empaquetador en esa misma tienda.

La llegada a París de Aurora Bernárdez será fundamental en la vida del escritor. Mujer de lúcida inteligencia, excelente traductora y poseedora de un agudo ojo crítico; Cortázar contraerá matrimonio con ella en la primavera de 1953.

Cortázar poseía una vespa y un día, como el protagonista de La noche boca arriba, tuvo un accidente que lo llevó al hospital. Este accidente precede la residencia de algunos meses en Italia adonde partirá la pareja durante algunos meses –la vida les resultaba menos cara– y realizará la traducción de la prosa completa de Edgar Allan Poe.

Llegará por fin la época de la contratación en la Unesco de ambos, siempre a tiempo parcial, de manera que Cortázar pudiera disponer de tiempo para escribir. Transitarán por varios domicilios: 54 rue Mazarine, 91 rue de Broca, 24 rue Pierre Lanoux, antes de instalarse más confortablemente en el domicilio del 9 de la Place du Général Beuret en el XV^{ème}. Todos esos variados entornos urbanos, recorridos en caminatas frecuentes de azares y descubrimientos, le mostrarán los diversos crisoles de la ciudad. París que aparecerá reflejado una y otra vez en sus calles, plazas, parques y atmósferas, en la complicidad de hoteles y cafés, en los misterios del metro, en los bordes cómplices del Sena, en la sensibilidad y coexistencia de personajes latinoamericanos y franceses tejidas en algunos célebres cuentos de los volúmenes de aquellos años: *Final de juego* (1956) o más tarde en *Las armas secretas* (1959); y, sobre todo, en los barrios de la rive gauche en *Rayuela* (1963), novela que va paulatinamente madurando en esos años cincuenta y en la que integra toda su experiencia vital y cultural.

Cortázar viajará con relativa frecuencia a América Latina, pero nunca abandonará su residencia en París, ciudad donde reposan sus restos en algún sendero del Cementerio de Montparnasse.

El corresponsal que espera

En el mes de diciembre de 1955 llega García Márquez a París, procedente de Italia en donde había cursado estudios de cine y ejercitado el periodismo

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Eduardo RAMOS-IZQUIERDO. Algunas trazas y...
Centro Virtual Cervantes

como corresponsal para El Espectador de Colombia. Permanecerá en la ciudad durante un periodo de dos años en el que escribirá una de sus novelas más importantes. Los volúmenes que he compulsado sobre su vida reflejan un personaje harto simpático y cuya vida corresponde intensamente con el prototipo de la leyenda y el mito del escritor latinoamericano en París[10].

A su llegada se instala en una de las residencias de l'Alliance Française en el Boulevard Raspail; más tarde será pensionario en Hôtel de Flandres de la rue Cujas –ahora Hôtel des Trois Collèges– donde vivirá bajo la protección de la propietaria Mme Lacroix. Esa calle de pequeños hoteles modestos y baratos fue también el lugar de residencia de más de un escritor latinoamericano, y en particular en ese año de 1955 de Nicolas Guillén y del periodista Plinio Apuleyo Mendoza, hijo del director del semanario *Sábado*, que se convertirá en su gran amigo y biógrafo. Esa amistad, después de unas primeras impresiones desfavorables por «un aire de distante superioridad» de García Márquez, se concretó en un par de etapas y la leyenda nos transmite sus charlas en *La Chope Parisienne*, adonde el novelista llegaba con aquel abrigo color camello de tirabuzones de cuero, con su pelo negro y crespo, con su bigote y su verruga. En esos primeros días le tocó una nevada que la leyenda también nos relata como un momento esencial de su descubrimiento de la ciudad.

La puntual vicisitud de esos días fue el cierre de *El Espectador* por el dictador Rojas Pinilla, lo que dió por resultado el fin de los cheques para la subsistencia y motivó que el novelista tuviera que mudarse a la buhardilla del séptimo piso del hotel de Mme Lacroix, donde durante meses no le fue exigido el pago. Si a mediados de febrero podrá deslizar en otro periódico colombiano, *El Independiente*, algunas colaboraciones, los cheques llegarán con retraso y finalmente dos meses después, hacia el 15 de abril, el diario le enviará el billete aéreo de regreso. García Márquez se hará reembolsar el importe y estirará el dinero para poder continuar la escritura de aquella «novela de los pasquines» comenzada desde el mes de enero, que más tarde será *La mala hora*.

La leyenda nos relata las intensas jornadas de trabajo nocturnas en la buhardilla de decoración austera donde en algún lugar brillaba la foto del «cocodrilo sagrado» –Mercedes, la novia fiel que lo esperaba en Colombia– cerca de la ventana que ofrecía a la vista los tejados del Quartier Latin. En esa primavera de 1956 emprende la escritura de un relato derivado del universo de la novela de los pasquines: serán más tarde las lúcidas páginas de *El coronel no tiene quien le escriba*. Son los días de dificultades económicas, de la imposibilidad de encontrar un trabajo que en algún momento lo obligan a recoger botellas, revistas y periódicos viejos para conseguir algunos francos al venderlos. Son los días en que canta rancheras a dúo en *L'Escale* de la rue Monsieur-le-Prince, de la amistad en ghettos de latinoamericanos.

No resulta demasiado difícil establecer algunos vínculos entre el novelista y el protagonista de la novela. Es obvio que un joven periodista difiere de

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Eduardo RAMOS-IZQUIERDO. Algunas trazas y...
Centro Virtual Cervantes

un coronel retirado y el pueblo colombiano de éste bastante poco tiene que ver con París; no obstante, el hambre (la miseria si se quiere) el valor del orgullo y la dignidad y algún reflejo de la represión política son comunes a las vidas cotidianas del autor y del personaje. El relato, pensado originalmente como una comedia revela en su evolución tintes dramáticos e inclusive trágicos.

Si el conocimiento del idioma a su llegada es deficiente, la leyenda nos confirma un rápido mejoramiento que le permitirá apreciar «los juegos de palabras de las canciones de Brassens» y departir con amigos franceses, leales y bohemios en las reuniones de los viernes en una buhardilla de la rue Cherubini.

La soledad y la pobreza de esa época se aminoran gracias a la ayuda de Tachia Quintana, a quien bautiza «la vasca temeraria», de la que recibe afecto, comida y techo en su chambre de bonne de la rue d'Assas hasta el verano de 1957.

El coronel no tiene quien le escriba pasará por la mano de varios editores, pero por fin será publicado en 1961. Ese relato, uno de los relatos más intensos y pulidos de la obra del autor, es el testimonio de esos meses parisinos.

Después de un par de viajes en el verano de 1957 por Europa central y la Unión Soviética, García Márquez terminará su estancia en París en el mes de diciembre, al viajar a instalarse en Caracas, en donde trabajará en compañía de Apuleyo Mendoza en la revista *Momento*.

Punto de llegada

París: espacio del mito y la leyenda de los escritores quizá fomentados por ellos mismos o en la pluma de otros, los amigos periodistas o biógrafos, que perfilan elementos legendarios en tonos elogiosos, en una glorificación, en la que ellos también participan. Relatos anecdóticos y divertidos, que nutren, por fortuna, la ilusión, la imaginación y los deseos de los jóvenes de otra época y quizá también de los de ahora.

Las vidas de Paz, Cortázar y García Márquez en el París de *jadis* se han convertido en puñados de palabras que intentan restituir o reconstruir alguna realidad. Ignoro qué tanto perdurarán; lo que espero y preveo que resista mejor la erosión del tiempo son sus obras, en las que está lo mejor de sus vidas, esas obras que alguna simbiosis multiforme con París produjo. Obras escritas en, sobre, de, desde París. Allí, aquí están: la intensidad poética y ensayística de *Libertad bajo palabra, El laberinto de la soledad, ¿Aguila o sol?, El arco y la lira, La estación violenta y Las peras del olmo*; la originalidad de lo fantástico en *Final del juego y Las armas secretas*, la angustia existencial del artista en *El perseguidor* y, magnificada aún, en la densidad cultural de *Rayuela*; el microuniverso de Macondo en *La mala hora* pero, sobre todo, la pericia, el *tour de force* puntual y estilístico de *El coronel no tiene quien le escriba*. Obras escritas en español, pero de factura

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Eduardo RAMOS-IZQUIERDO. Algunas trazas y...
Centro Virtual Cervantes

«parisina», obras que han marcado profundamente la literatura en lengua española y –olvidando timideces o modestias inútiles– la literatura del siglo XX.

NOTAS

1. Y que persiste hoy en día. Ver los recientes volúmenes de Milagros Palma: *El mito de París: entrevistas con escritores latinoamericanos en París* (2004) y la antología (siglos XX y XXI) *Le Paris latino-américain. El París latinoamericano*, ambos con prefacios de Claude Couffon y publicados en París: Indigo & côté femmes.
2. La estancia de Cortázar será definitiva, las de Paz y García Márquez, diversamente pasajeras.
3. Utilizo la «Introducción» de Enrico Mario Santí a Octavio Paz, *Libertad bajo palabra*, Madrid, Cátedra, 1998, pp. 33-41; Anthony Stanton (ed), *Correspondencia. Alfonso Reyes / Octavio Paz (1939-1959)*, México, FCE, 1998, pp. 56-163; y Elena Poniatowska, *Octavio Paz. Las palabras del árbol*, Barcelona, Lumen, 1998, pp. 43-46.
4. Lo apoyan el Ministro de Relaciones Exteriores Francisco Castillo Nájera (su ingreso al servicio), el gran poeta José Gorostiza (su asignación en París) y el nuevo Ministro Jaime Torres Bodet (su promoción en 1947).
5. Ver el incipit de «Visión del escribiente», in O. Paz, *Op. Cit*, p. 258.
6. Con motivo de la participación en el Congreso Internacional de Escritores e Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura (Valencia, 1937), la pareja Paz tuvo la oportunidad de estar en París.
7. Este es el nombre ficticio usado en aquel entonces por Reyes y Cosío Villegas para publicar libros costeados parcial o totalmente por los autores. Si Paz ya estaba dispuesto a solicitar de su madre el pago del volumen, en 1949 cuando el volumen por fin es publicado, Reyes le informa que pudo conseguir que la publicación saliera sin su contribución económica.
8. De gran utilidad los volúmenes: Mario Goloboff, *Julio Cortázar. La biografía*, Buenos Aires, Seix Barral, 1998, pp. 90-115 y 123-124; Miguel Herráez, *Julio Cortázar: el otro lado de las cosas*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2001, pp. 100-114 y 122-141; Julio Cortázar, *Cartas* (1937-1963), Madrid, Alfaguara, 2002.
9. Cf. Juana Libedinsky y María. Esther Vázquez. www.geocities.com/juliocortazar_arg/reportajemaha.htm, consultado en mayo de 2006.
10. Compulsé las páginas de: Plinio Apuleyo Mendoza, *El olor de la guayaba*, Bogotá, Editorial Oveja negra, 1982 (Entrevista a García Márquez); *Aquellos tiempos con Gabo*, Barcelona, Plaza & Janés, 2000; y de Dasso Saldívar: *García Márquez, el viaje a la semilla: la biografía*, Madrid, Alfaguara, 1997, pp. 336-352 y 360-361.

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Eduardo RAMOS-IZQUIERDO. Algunas trazas y...
Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes